







PRÓLOGO

El lector encontrará detrás de estas páginas, que autoriza mi modesta firma, las brillantes y amenas con que Don José María Acosta y Tovar encantó un día al auditorio selecto que, para escucharle, se congregó en el amplio salón de sesiones de la Casa Consistorial. Acosta obtuvo un gran éxito: la palabra cálida y vibrante del escritor, la idea elevada del patriota y el concepto agudo y exacto del hombre reflexivo y estudioso encendieron el entusiasmo en todos los corazones, llevaron el convencimiento a todos los cerebros y juntaron en aplauso unánime las manos de todos los oyentes.

Acosta que posee el mérito rarísimo, verdaderamente excepcional, de la modestia, escuchaba los aplausos, recibía los plácemes y estrechaba las manos amigas con una sonrisa de hombre bueno y amable, plenamente satisfecho; pero no con satisfacción arrogante y enfática, sino con la satisfacción íntima y callada del hombre que se ve festejado y enaltecido en el viejo solar de los suyos, donde parece que los aplausos son más sonoros, y los plácemes más seductores, como si se recibieran en la intimidad de la familia, donde ni la adulación, ni la hipocresía ni la falsedad pueden hallar acceso, ni recibir amparo.

El Ayuntamiento, que tuvo con el hijo ilustre de la ciudad la galantería de acogerle en su casa para la lectura de la conferencia, hizo más exquisita su cortesía, acor-

dando luego que por iniciativa de la Corporación y a expensas del Municipio se imprimiera el brillante trabajo para lanzarle por doquiera, en viaje de propaganda y fomento de ideales y aspiraciones, que por ser del pueblo, venía el Ayuntamiento obligado a compartir y enaltecer, y que en las páginas escritas por Acosta aparecían y brillaban con las galas de la elocuencia y los esplendores de la verdad, fruto de la meditación y del estudio.

Las circunstancias—esas señoras impertinentes y fastidiosas—que suelen malograr tantos buenos propósitos, han dilatado hasta ahora la publicación acordada por el Ayuntamiento. Desgraciadamente el trabajo de Acosta encierra hoy la misma interesante actualidad que el día de su lectura. Nada ha conseguido Almería de cuanto anhelaba y reiteradamente solicitó en orden a la instalación de las reservas estratégicas del Ejército de operaciones. Ni la Geografía, que no puede falsificarse, ni la experiencia que tanto instruye a los discretos, ni el dolor que suele ser estimulante del acierto, y guía de la conducta, han bastado para que se haga justicia a nuestra ciudad; ni siquiera, a esta hora, en que la reclamaba no para su propio bien, sino en beneficio de España, por amor a España, por puro y desinteresado amor, exento de toda impureza y limpio de todo egoísmo.

La conferencia de Acosta sale, pues, a la publicidad. El lector hallará en ella un fiel reflejo de las aficiones y aptitudes del autor. Todo revela en ella al hombre estudioso, sereno y prudente; toda ella es discreción, justicia y patriotismo. El amor a España y el amor a Almería satura con su delicado aroma las ideas altas y brillantes, los pensamientos profundos, las conclusiones patrióticas y acertadas. A veces un rasgo, un recuerdo, revela la sensibilidad exquisita del conferenciante. Así, aquel elogio del General Sotomayor, fervorosamente sentido y galanamente expuesto, en el que se advierte junto a la devoción filial y conmovedora, el afán caballeresco de rendir a un

hombre generoso y bueno el homenaje de admiración de un gran espíritu y de un gran pueblo.

Esto de rendir culto a los hombres de mérito, de recordar con admiración sus nombres y de publicar con gratitud sus beneficios constituye una altísima misión y es obra honrada y honrosa; como nacida de uno de los más hidalgos sentimientos del corazón humano, el agradecimiento y fomentada por una de las virtudes más conspicuas y confortadoras, la justicia. Así aquel recuerdo del gran soldado almeriense, aquel elogio del romántico soñador, del patriota insigne que mirando al porvenir de una España grande y fuerte, vió en la luminosa perspectiva una Almería floreciente y rica, produjo en el auditorio de Acosta una tierna y gratísima emoción. La imagen netamente española, marcial y gallarda, del General Sotomayor, parecía surgir majestuosa al lado de Acosta, bajo el dosel que cobija el retrato del Rey, augusta representación de la Patria.

El conferenciante recibió a su vez un homenaje de simpatía de sus amigos y admiradores; a la orilla del mar, frente a las blancas espumas de las olas y percibiendo el rumor de sus ondas eternamente inquietas, Acosta fué obsequiado con un banquete que constituyó además de un tributo a su persona y merecimientos, una gran fiesta de afirmación almeriense. Acosta declaró con palabras conmovedoras su proyecto de dormir en Almería el eterno sueño, tras de la fatigosa jornada de la vida.

Yo tuve la fortuna de ser invitado en aquel acto a pronunciar unas palabras en honor del festejado. A riesgo de herir su nativa modestia tracé de él la siguiente semblanza, con cuya reproducción termino estas líneas:

«Como el cuerpo, es el espíritu de Acosta recio y elevado. Leal en la amistad, sincero en el afecto, correcto en la conducta, pundonoroso en el deber, cristiano en las creencias, perseverante en el trabajo, hidalgo en los sentimientos, agudo en las ideas, prudente en el juicio, sencillo

en las maneras y afable en las palabras. Soldado, caballero y patriota; modesto, con aquella modestia amable y seductora de los que por condición nativa del espíritu se colocan a igual distancia de la envidia y del orgullo y marchan por la vida serenos, apacibles y piadosos, sin caer en la más ligera contradicción entre el corazón y la mente, ni advertir el más leve conflicto entre el pensamiento y la conducta. Vestid ahora el cuerpo con el uniforme de los Ingenieros del Ejército español y mirad el espíritu adornado con todas aquellas excelencias, y tendréis el hombre.»

David Estevan

JULIO DE 1923.



Señores:

El afecto de los amigos y paisanos que componen la digna Directiva de la Delegación de la Liga Africanista en nuestra provincia, más que los propios merecimientos, que no existen, me traen hoy a ocupar esta tribuna de la Liga, que anteriormente había ocupado un político tan culto como don Mariano Marfil.

Habitual es en estos casos encomendarse a la benevolencia del auditorio, mas en el mío es obligado, pues forzosamente he de defraudar la amable atención con que me escucháis, ya que poco o nada he de decir que no conozcáis de antemano.

EL PORQUÉ DE
NUESTRA AC-
TUACIÓN EN
ÁFRICA

Veamos ante todo, en una rápida ojeada, el porqué de nuestra actuación en Africa.

Descartada Alemania, que un día tuvo pretensiones sobre Marruecos, tres naciones tienen principalmente intereses que defender en el vecino Imperio: Inglaterra, Francia y España.

EL PUNTO DE
VISTA INGLÉS

El Imperio británico no pensó nunca en conquistas territoriales en Marruecos. Los ingleses, tanto el pueblo como los gobernantes, se encontraron siempre, con ese claro instinto que les hace ostentar siglos y siglos la supremacía

del mundo, hostiles a tal empresa, porque sabían bien que la conquista del Mogreb les había de costar mucho más de lo que vale o representa para ellos. Conocían que agredir a Marruecos era fácil, pero estaban persuadidos de que conquistarlo era empresa difícil y costosa. Al plantearse en la Conferencia de Algeciras el problema marroquí, Francia llevaba gastados dos mil millones de francos en la Argelia, 100.000 soldados muertos constituían el tributo de sangre de la conquista y aún no había conseguido dominarla por completo, y eso que la Argelia sólo tenía dos millones y medio de habitantes cuando Francia la invadió. La conquista de Marruecos había de costar más del doble y más del triple. Los ingleses, excelentes negociantes y calculadores, pensaron con un gran sentido práctico, que Marruecos era un mal negocio para ellos.

Pero Inglaterra no podía desentenderse del problema de Marruecos, íntimamente ligado al del Estrecho de Gibraltar. Si ella, por estimar muy gravosa la carga, no la quería para sí, tampoco podía permitir que Marruecos fuese a parar a manos de quien fuera para Gibraltar un vecino molesto y amenazador. Siempre fué preocupación de Inglaterra la influencia que la solución del pleito marroquí pudiera tener en el valor estratégico de su posesión de Gibraltar. De aquí la frase de Sir Jouh: «Si pudiéramos lanzar a Marruecos a cien millas del Atlántico, todos desearíamos que lo adquiriese cuanto antes una nación civilizada». De aquí también esta otra frase de Robert de Caix, que sintetiza el pensamiento inglés en esta cuestión: «Para los ingleses, Marruecos es, antes que la vasta extensión de tierras fértiles situadas al NO. del

continente africano, la margen meridional del Estrecho de Gibraltar.

Esto es lo que Inglaterra ha visto siempre principalmente en Marruecos: la otra orilla del Estrecho.

Y por eso no ha perdido nunca de vista la cuestión marroquí y ha apoyado las pretensiones de España en lo que se referían a esta otra orilla del Estrecho, pues España no despierta sus recelos, que sobrado conoce que nuestra nación no está en estado de poder ser una rival temible en el Estrecho.

EL PUNTO DE
VISTA FRANCÉS

Veamos, ahora, Francia. La República vecina, siempre aspiró a dominar en el Mediterráneo, cuna de la civilización y mar que tanto interesa a las grandes potencias. Fué una idea fija de sus estadistas. Un ilustre escritor de esta nacionalidad ha dicho: «Todo francés ha soñado ver el Mediterráneo convertido en cosa nuestra, desde Suez a Tánger». «¡Gran sueño—ha escrito el señor Reparaz—que sería la muerte de España y la pérdida de nuestra soberanía en el Rif!».

Para conseguir su intento ha fortificado los puntos más importantes de la costa argelina, nidos en pasadas centurias de corsarios y piratas. Díganlo, si no, los formidables artillados de Nemour, Orán, Argel, Bicerta y otros más. Estos puntos, así como el magnífico puerto de Porto Veccio, en Córcega, y el de Tolón, en la metrópoli, constituyen grandes centros, desde los cuales las escuadras francesas pueden irradiar su acción y ejercer gran dominio en el Mediterráneo, sin separarse mucho de la base de sus costas.

Con estos antecedentes no es de extrañar que

Francia, lejos de temer como Inglaterra la carga de Marruecos, la deseaba vivamente. Y en efecto, al plantearse el problema, Francia regateó sus derechos a España y negoció con las otras potencias interesadas hasta recabar cierta libertad de acción.

Y vamos con nuestra nación. España, consciente de que no estaba para aventurarse en em-
presas guerreras, fué siempre partidaria del *statu quo* en Marruecos. Mas llegó un día en que el *statu quo* se rompió y tuvo forzosamente que decidirse a intervenir en Marruecos. El dilema era éste: tenía que renunciar a todos sus derechos o pagarlos muy caros. Este duro dilema no admitía ya espera y España se resolvió y tuvo que empezar a actuar en suelo africano.

EL PUNTO DE
VISTA ESPAÑOL

¿Podía España renunciar a sus derechos en Marruecos? No voy a remontarme al testamento de Isabel la Católica, notabilísimo programa de buen gobierno, a Carlos V ni a Cisneros. En los tiempos modernos, los hombres públicos españoles, con contadísimas excepciones, se han pronunciado resueltamente por la negativa al contestar a aquella pregunta. Desde Cánovas, que veía la frontera natural de España en el Atlas, hasta Canalejas, pasando por Sagasta, Monteros Ríos, Silvela, Maura y Moret, todos han comprendido la imperiosa necesidad de la actuación de España en Marruecos.

NECESIDAD DE
MANTENER
NUESTROS DE-
RECHOS EN
MARRUECOS

Y como los políticos dinásticos, opinaban los republicanos y antidinásticos. Dos testimonios de estos voy a citar, el uno el del gran Costa, que dijo: «La línea estratégica de ciudades y de fortalezas que posémos al otro lado del Estrecho, desde Ceuta a las Chafarinas, nos es tan necesaria y forma parte tan integrante de nues-

tro territorio, como la línea estratégica que se extiende por la cuenca del Ebro, desde Montjuich hasta Pamplona. Pues bien, para conservar en nuestro poder aquel cordón de posiciones es indispensable que no se establezcan detrás Francia ni Inglaterra.»

El otro, el de nuestro insigne paisano Salmerón, que decía: «España no puede de ningún modo renunciar a sus derechos en Marruecos, porque esta renuncia envolvería la eventualidad de una seria amenaza y de un peligro constante para su integridad».

Y como éstos, opinaban y opinan Castelar, Azcárate, Rafael María de Labra, Vázquez de Mella, hombres por lo común tan alejados en ideas.

No. España no puede renunciar a Marruecos, porque España con sus aspiraciones africanas, no defiende posesiones coloniales, defiende el propio territorio nacional; pues como se ha dicho repetidas veces, el Estrecho no nos separa de Marruecos como si fuera una cordillera, sino que nos une como si fuera un río.

La historia demuestra que el Estrecho no fué nunca un obstáculo: no lo fué para los romanos, para Wamba, para Tarik, para Muza, para los almohades y benimerines, para Cisneros, para Carlos V, para tantas falanges de guerreros y tantos caudales de ideas como lo atravesaron en uno y en otro sentido, convirtiéndolo en canal de comunicación o en istmo que une continentes más que en foso de separación o en barrera infranqueable. Pues si nunca lo fué, menos lo sería ahora con los modernos adelantos de la civilización. Sí, es un principio histórico demostradísimo, que el que domine en una ori-

lla del Estrecho, de ese Estrecho, que según la frase feliz de Gabriel Maura, está convidando a pasarle, dominará en la otra.

Si España abandonara la zona Norte de Marruecos, ésta, automáticamente, iría a caer en manos de Francia; Marruecos sería una prolongación de la Argelia, el Mediterráneo se convertiría en un lago francés, y España, como ha dicho acertadamente el Marqués de Valdegamas, estaría emparedada entre dos Francias. La pérdida de Baleares y Canarias sería la secuela en no largo plazo de aquel abandono.

España tiene sobre Marruecos derechos geo-

DERECHOS
GEOGRÁFICOS,
HISTÓRICOS Y
POLÍTICOS DE
ESPAÑA EN MA-
RRUECOS

gráficos, históricos y políticos. Geográficamente, el Rif es un pedazo de España; el mismo suelo, el mismo clima, las mismas producciones, hasta sus montañas son parte de nuestra arrogante Penibética y no del Atlas.

Varios días podría estarse hablando de los derechos históricos de España sobre Marruecos. ¡Han estado tan ligadas las historias de ambos pueblos! ¡Han sido tantas las empresas guerreras que baldíamente acometimos en los pasados siglos en las costas africanas! Baste decir, como bellamente escribió nuestro gran tribuno Castelar, que «donde quiera que volvamos los ojos, encontramos recuerdos de Africa y donde quiera que el Africa vuelve los ojos, encuentra recuerdos españoles».

Nuestros derechos políticos se derivan de los tratados que hemos concertado con las otras naciones, principalmente del Tratado de 1912, que negoció, como ministro de Estado, el actual Presidente del Consejo de Ministros.

EL ABANDONO
DE MARRUE-
COS SERÍA LA
MUERTE DE
ESPAÑA

De todo lo que llevo expuesto se deduce la necesidad imperiosa, ineludible, de permanecer en Marruecos. Una ola de pesimismo, de desaliento, en parte justificada, nos invade estos días; pero es preciso sobreponerse y salir de ella. España no puede abandonar nuestra zona de Marruecos; es cuestión de vida o muerte para ella.

No son solos los peligros que para nuestra nacionalidad lleva en sí el abandono de Marruecos, y que dejo someramente apuntados; es, además, que el reconocimiento de nuestro fracaso, de nuestra impotencia, nos haría perder definitivamente toda personalidad política en el concierto mundial. Es que quizá también, este sentimiento de derrota aflojara los lazos de nuestra unidad nacional, no todo lo firmes que fuera de desear.

Renunciar a Marruecos fuera tanto como extender nuestra partida de defunción.

En Marruecos hemos cometido graves errores; errores de todas clases: políticos, militares y administrativos. Rectifíquense estos errores, rectifíquense los procedimientos seguidos, si nó son los mejores ni los adecuados, pero, a pesar de todo, tenemos inexcusablemente que permanecer allí. De las equivocaciones padecidas, dedúzcanse las debidas enseñanzas y acometamos con serenidad, cálculo y brío la obra de pacificación de aquellos territorios.

EL RIF. LOS BE-
NI-URRIAGUEL
EN PREPONDE-
RANCIA

La acción de España en Marruecos, presenta un solo escollo: el Rif. Ni en Yebala ni en el Garb es presumible que encuentre grandes obstáculos nuestra empresa civilizadora; en cambio el Rif ofrece graves peligros y serias dificultades.

En el Rif, la preponderancia de los Beni-Urria-

guel es notoria, las demás cábilas escuchan su voz y acatan sus mandatos. Los Beni-Urriaguel, cuyo nombre quiere decir, bien apropiadamente por cierto, «hijos del ogro», son duros, indómitos, aguerridos y semi-salvajes, y se dedican al contrabando, tráfico que los ha enriquecido. Ellos dieron al traste con el poderío del Rhogi y resistieron siempre las Mel-halas imperiales. Ellos también contribuyeron poderosamente al sostenimiento de las campañas de 1909 y 1911 y al derrumbamiento de 1921. De los combates que hemos sostenido en la región de Melilla, se han hecho notar siempre por su encarnizamiento aquellos en que los Beni-Urriaguel tomaron parte. Cuando los Beni-Urriaguel han prometido su asistencia y su ayuda, los otros cabileños se han sentido animados y fortalecidos.

Dadas sus condiciones de fiereza y lo envalentonados que actualmente se hallan, es seguro que opondrán tenaz resistencia a todo proyecto de ocupación de Alhucemas. Pero, más pronto o más tarde, por éste o por el otro procedimiento, a Alhucemas habrá que ir. Puede sentarse como indiscutible para cuantos conocen el carácter y la idiosincracia de la zona rifeña, esta premisa: Mientras no se someta Beni-Urriaguel, la paz no reinará en el Rif. Y como corolario de esta premisa, esta otra: El día en que el Rif esté pacificado, toda nuestra zona lo estará.

El problema del Rif está en Alhucemas. Mientras los Beni-Urriaguel campen a su albedrío e impongan su autoridad a todas las demás tribus, la tranquilidad no será duradera en la zona ocupada ni en los territorios limítrofes.

Para mantenernos en Marruecos, es, pues, preciso ir a Alhucemas.

No soy yo el indicado, por mi insignificancia, a exponer qué medio debe preferirse para ir a Alhucemas. Los gobiernos, que tienen la responsabilidad de su actuación y que están en posesión de más datos del problema de los que puede poseer un particular cualquiera, son los llamados a decidir el medio y el momento oportuno de empezar su ejecución.

Mas váyase por la fuerza de las armas o por la penetración pacífica, váyase por mar o por tierra, a Alhucemas habrá que ir.

De ir por la presión arrolladora de las armas, no ha de ser sin sangrientos combates y dolorosas pérdidas, dada la condición guerrera de sus habitantes y lo engreídos que se encuentran.

Y yendo por una política sabia y bien orientada de atracción, ha de ser también a fuerza de tiempo y de vencer el cúmulo de dificultades que nos suscitarán. Dado lo refractarios que son a la civilización y a la ingerencia de gentes extrañas en sus asuntos, antes de que entre los indígenas de Alhucemas se consiga formar un partido español, interesándolos en empresas de comercio o de explotación agrícola y minera; ¡cuánto tiempo no habrá de pasar, cuántos obstáculos no habrá que vencer!

Mas decídase un medio u otro, hay que perseverar en él, con fe y constancia, sin arredrarse por dificultades; que empresa que se acomete sin aquellas cualidades, lleva en sí misma el germen de su ineficacia. Y sobre todo, consérvase una orientación fija, independientemente de nuestros cambios políticos.

LA PENETRACIÓN PACÍFICA De pasada he de decir que el ejército no fué nunca opuesto a la política de atracción, esa política que se condensa en la célebre frase de

Sancho IV al Embajador del Rey de Marruecos: «En la una mano tengo el pan y en la otra el palo». ¡El pan y el palo, he ahí todo un excelente programa de gobierno en Marruecos! En prueba de mi aserto de que el ejército creyó siempre conveniente una política de atracción, con tal que ésta estuviera inteligentemente implantada, voy a citar el testimonio de don Rafael Pozzi en su libro «Influencia de España en el Rif», publicado años antes de nuestra campaña de 1909. Oid lo que este culto oficial escribía: «El comercio, esa fuerza civilizadora que subyuga a los pueblos salvajes, lo mismo en las heladas regiones cercanas a los Polos que bajo el abrasador clima de los trópicos, será la mejor palanca que pueda emplearse para hacer entrar a los rifeños en la corriente de la vida universal, no aherrojados por España, sino amistosamente conducidos por ella».

Siendo, pues, Alhucemas el eje de la cuestión marroquí, las reservas más importantes deben ser las de la zona Oriental y éstas deberán situarse en Almería, no porque lo pida el interés particular de nuestra ciudad, sino porque lo exige el interés supremo de la Patria.

LAS RESERVAS
ESTRATÉGICAS
DE LA ZONA
ORIENTAL DE-
BEN SER LAS
MÁS IMPOR-
TANTES.-EL GE-
NERAL SOTO-
MAYOR

Al llegar a este punto de mi trabajo, permitidme consagrar un piadoso recuerdo a la memoria del ilustre general Sotomayor, ya que entre los títulos con que amablemente se ha tratado de justificar mi presencia en esta tribuna al invitarme para dar esta deslavazada conferencia, se ha invocado el de haber sido modesto colaborador del General en el proyecto para la situación en esta plaza de gran parte de las reservas de Melilla.

Yo recuerdo siempre con veneración a aquel

gran corazón que se llamó en vida don Fernando Alvarez de Sotomayor. Casi todos los que me escuchan recordarán al General; tenía aventajada la estatura, poblado el mostacho, las cejas hirsutas, la mirada imperiosa, el habla afable. Aquel prócer de la milicia, prócer también por la noble sangre que corría por sus venas, era prócer en todo: lo era por sus sentimientos, lo era por su inteligencia, lo era por su saber. Pero sobre todo, el General era corazón, todo corazón. Era como un niño grande, que no conociese los desengaños de la vida ni las asechanzas de los hombres.

LA GÉNESIS
DEL PROYECTO
SOTOMAYOR

El General había estado en Melilla, mandando su división durante la campaña del nueve; después, a la marcha del general Marina, se había quedado de Comandante General interino de aquel territorio. A poco de regresar de Melilla, solicitó el retiro y se estableció en nuestra ciudad, que lo acogió con su proverbial hospitalidad. El General conocía bien el problema marroquí, tenía una clara noción de su alcance, transcendencia y soluciones. Cuando llegó a Almería, venía obsesionado con la cuestión de Melilla, lo que era natural, pues ella había absorbido su tiempo durante su permanencia en aquella ciudad, por el alto mando que en la misma había desempeñado. Acompañado de su entrañable amigo Ramón Orozco, recorrió en automóvil los alrededores de la población. Un día, Ramón Orozco le habló de los campos de Viator y lo llevó a visitarlos. El General, al verlos, experimentó una alegría parecida a la que experimentaría Arquímedes al descubrir su principio. ¡Eureka! ¡Ya había encontrado lo que buscaba!

El General comprendía que las reservas de Melilla, tenían que estar en la Península para no agobiar con un gasto cuantioso a la nación. De la Península, creía que Almería, por su mayor proximidad a Melilla y Madrid, por sus condiciones climatológicas análogas a las de la plaza africana, era la población más indicada del litoral para el asiento de esas reservas; mas desconocía que en las proximidades de Almería hubiese un campo de instrucción que reuniera las excelentes condiciones que reúne el de Viator; y como la condición principal, esencial, es que estas reservas estén perfectamente instruidas, que tengan el máximun de eficiencia, que puedan entrar en fuego a la primera orden, no se acababa de decidir a proponer a nuestra ciudad como punto adecuado para el establecimiento de aquellas reservas. De aquí su alegría cuando «descubrió», digámoslo así, el campo de Viator, ¡ya reunía Almería todas las condiciones precisas y suficientes! Al problema del establecimiento en la Península de las reservas de Melilla, le había encontrado ya una solución inmejorable. Tal fué la génesis de su proyecto.

El General recorrió varias veces el campo de Viator, cada día más encariñado con su proyecto, y se cercioró de que satisfacía a todas las condiciones que son necesarias a un buen campo de instrucción y maniobras.

Entonces fué cuando requirió al hoy teniente coronel de Ingenieros Paniagua y me requirió a mí, para que le auxiliásemos en sus trabajos. El General mantenía correspondencia con otros generales sobre su proyecto, especialmente con el general Luque, ministro de la Guerra a la sazón. Al general Arizón le hizo venir a nuestra

EJECUCIÓN DE
LOS TRABAJOS
DE GABINETE
EN EL PROYEC-
TO SOTOMAYOR

ciudad y le llevó entusiasmado a visitar el campo de Viator. ¡Qué gran entusiasmo tenía por su idea el General!

Pusimos mano a la obra. Frecuentemente acude a mi memoria la añoranza de aquellas veladas del verano de 1911 en que Paniagua y yo trabajábamos en el proyecto de cuarteles para nuestra ciudad; el General nos servía de guía, su claro talento, sus conocimientos y su experiencia nos mostraban siempre los verdaderos caminos a seguir. Habíase habilitado para gabinete de trabajo el tocador de señoras, inmediato al salón de fiestas del Casino, y allí, sobre un tablero traído no sé de dónde, Paniagua y yo, sudorosos y ajetreados, dibujábamos planos y más planos y hacíamos cálculos y más cálculos. Llegaron las noches, tan calurosas y tan animadas del mes de agosto en nuestra capital; al través del abierto balcón, oíamos las conversaciones de los corrillos que se forman a la puerta del Casino, escuchábamos las exclamaciones de los amigos, sentíamos sugestivas risas femeninas; y Paniagua y yo, sudando la gota gorda, nos mirábamos a veces como diciéndonos: ¡qué agradablemente que estaríamos ahí fuera! El General, cuando sorprendía nuestras miradas, nos reconvenía bondadosamente, diciendo con su gran autoridad: ¡Señores: estamos haciendo Almería, o mejor todavía, estamos haciendo Patria! Y Paniagua y yo, resignados, tornábamos a bajar la cabeza y a empuñar el lápiz... Así se hizo aquel proyecto.

EL PROYECTO
SOTOMAYOR

Se estudió este proyecto para una brigada de Cazadores de a seis batallones con mil plazas, en seis compañías; un Regimiento de Caballería de quinientos caballos en cuatro escuadro-

nes y un Regimiento Mixto de Artillería con un grupo montado de tres baterías, y columna de municiones, y otro grupo de Montaña de otras tres baterías y también con su columna de municiones. Las plantillas de estas fuerzas en hombres, ganado y material se tomaron de la organización a la sazón vigente para la entonces Capitanía general de Melilla, con arreglo a la R. O. C. de 25 de Julio de 1910.

Para todos estos Cuerpos se proyectaron cuarteles de pabellones aislados, con todos los servicios auxiliares y con viviendas para algunos jefes y oficiales, estudiándose los tipos más adecuados a las condiciones climatológicas de la ciudad y a los materiales de construcción que en ella son más abundantes y económicos.

Escrita la memoria, en la cual se razonaba la necesidad de que estuvieran en Almería las reservas de Melilla y se encomiaba el campo de instrucción de Viator; dibujados los planos y calculados los presupuestos, en lo cual nos ayudó el Arquitecto señor López Rull, el General envió particularmente al Ministro de la Guerra el proyecto estudiado bajo su dirección. Pero, desgraciadamente, habiendo muerto a poco el general Sotomayor y abandonado la cartera de la guerra el general Luque, el proyecto no llegó a adquirir estado oficial y, lo que es peor, debió extraviarse, pues todas las gestiones posteriores para dar con él han sido infructuosas. Quizá el Ministro saliente se lo dejara en su despacho oficial y en una de esas limpias de papeles que periódicamente suelen hacerse en estas dependencias, fuera llevado quién sabe dónde. ¡El general Sotomayor muerto cuando hacía más falta para que su proyecto prospe-

rara, el proyecto extraviado; qué funesto hado parece presidir los destinos de toda gestión benéfica para Almería!

Recientemente, revolviendo papeles, me he encontrado con una copia de aquellos planos, que he ofrecido al Ilmo. Ayuntamiento de esta ciudad por si le pueden ser de alguna utilidad o por si quiere conservarlos como recuerdo de aquel gran bienhechor de Almería que fué el general Sotomayor; que la semilla que él sembró, si no germinó por lo pronto, con el tiempo dará sus frutos.

Aunque el proyecto era solo para las fuerzas que he dicho: una brigada de Infantería, un Regimiento de Caballería y otro de Artillería, el pensamiento del General, muchas veces se lo oí, era más extenso; él aspiraba para Almería a una División completa y reforzada, en pie de guerra, pero de primera intención nó se atrevió a pedir más. Conseguido esto, hubiera trabajado por lo otro.

EL GENERAL
SOTOMAYOR,
BENEMÉRITO
HIJO DE LA PA-
TRIA Y DE AL-
MERÍA

¡Qué admirable conducta la del General, trabajando varios meses desinteresadamente en su proyecto, sin estímulo de ningún género! ¡una persona de su edad y de su posición social! Pero él sabía que trabajaba por la Patria y por Almería y esto le bastaba, que nunca aspiró más que a la satisfacción que da el deber cumplido.

A raíz de inventar el cañón Sotomayor, que marcó un sensible progreso en la artillería de su tiempo, el Gobierno de Méjico le ofreció treinta mil duros anuales de sueldo y nombrarle director de toda la artillería de aquel país; el General, aunque no era rico, rehusó; no quería servir más que a su Patria.

¡Qué gran patriota, qué gran almeriense era

el General! ¡Qué gran fe tenía en los gloriosos destinos de nuestra raza y en el porvenir de nuestra ciudad! Yo os digo que si hubiese dos mil españoles que tuviesen su fe, España sería grande; y que si hubiera cien almerienses que tuviesen la fe que él tenía en la futura grandeza de nuestra ciudad, Almería sería un emporio de riquezas; que la fe, en todas las empresas, es la gran palanca para obrar milagros.

Infaustamente, lo que caracteriza a la época presente es la falta de fe en todo: en los grandes ideales y en los pequeños, la desconfianza en el propio esfuerzo, la creencia en la inutilidad de nuestros trabajos, todo lo cual engendra la indiferencia, la apatía y el escepticismo, que hoy nos invaden en todos los órdenes de la vida y que son materiales que podrán ser demoledores, pero que nunca son constructivos.

El General no conocía el pesimismo; era, como ya he dicho, un niño grande, y todo lo veía de color de rosa. ¡Qué pérdida significó para Almería su muerte!

Hoy, después de lo pasado, vemos cuán cla-

CLARIVIDENCIA
DEL GENERAL

ramente enfocaba el General la cuestión de Melilla, porque si sus planes se hubieran realizado, si en nuestra ciudad hubiese habido una División bien dotada, bien instruída, bien reforzada, pronta siempre a embarcar, las derrotas de Igueriben y Anual quizá no hubieran podido evitarse, pero sus efectos se hubiesen pronto contrarrestado, la rota no hubiera alcanzado las proporciones de desastre general que alcanzó y España no hubiera pasado por las humillaciones y por las tristezas que suponen esas páginas luctuosas que son las rendiciones de Nador, Zeluán y Monte Arruit. ¡Ah, si en Alme-

ría hubiera habido una División tan instruída, tan aguerrida, tan heróica, como el Batallón del Regimiento de la Corona que de aquí marchó! ¡Qué gran clarividencia tenía el General! ¡Qué pérdida significó para la patria su muerte!

ALMERÍA DEBE
UN HOMENAJE
AL GENERAL
SOTOMAYOR

No hace mucho yo leía con simpatía, que se trataba de erigir aquí una estatua a un fallecido vate, cuya inspiración quedó esculpida en tiernos versos. Y lo veía con simpatía, además de por creerlo un merecido tributo, porque los pueblos que no honran y enaltecen a sus hijos preclaros, porque los pueblos que no alientan y fortalecen a sus hijos que valen y trabajan, son pueblos muertos. Pues bien, igual tributo debía rendírsele al general Sotomayor, ilustre hijo de nuestra provincia y que tantos títulos tiene a nuestra gratitud. Ya sé que el Ayuntamiento, con muy buen acuerdo, le dedicó una calle de la población; mas esto no basta, yo desearía algún cálido homenaje que demostrara que no nos hemos olvidado de él. Mas si esta idea de la estatua fuese, hoy por hoy, pecuniarmente irrealizable, yo voy a aprovechar esta ocasión para lanzar otra iniciativa más modesta. El General era socio meritísimo del Casino. En el edificio social de esta Sociedad se confeccionó su proyecto. El Casino tomó parte en el duelo que su muerte produjo, enviándonos a Cuevas a Paco Jover y a mí para que lo representáramos en el sepelio, como así lo hicimos. Pues bien, yo desearía que el Casino colocara una lápida en la habitación en que he dicho se hizo su proyecto, con esta sencilla inscripción: «En esta estancia laboró por Almería el ilustre General Sotomayor». Y ahora, que los que pue-

dan recoger esta idea la recojan, si la creen digna de ser realizada.

Mas cerremos este paréntesis y volvamos a lo que nos interesa. El General se fijó en el Ingenio de Monserrat y visitó también unos solares enclavados en los Molinos de Viento, pero queriendo dar mayor elasticidad a su proyecto, no lo amoldó a ningún solar determinado. Una vez fijados los solares, como los proyectos eran de pabellones aislados, fácil sería distribuirlos en el solar, siempre que éste tuviera aproximadamente la superficie requerida. En los proyectos estudiados, cada cuartel para un batallón de cazadores, necesitaba veinte y nueve mil novecientos metros cuadrados; el cuartel del Regimiento de Caballería, treinta y siete mil novecientos cincuenta metros cuadrados y el del Regimiento Mixto de Artillería, ochenta y dos mil doscientos cincuenta metros cuadrados. En total, para los seis Batallones de Cazadores y los dos Regimientos Montados hacía falta una superficie de doscientos noventa y nueve mil seiscientos metros cuadrados. El Ingenio de Monserrat tiene mayor superficie, mas si se ve que informes no del todo favorables o dificultades adquisitivas van a entorpecer la gestión, debe desecharse y ofrecer, en cambio, el Ayuntamiento a Guerra solares situados entre la ciudad y el campo de Viator, más próximos a aquélla que a éste, para que Guerra construya en ellos los cuarteles y por lo pronto, habilitar alojamientos provisionales en el mismo Ingenio, en la fábrica de Azufre, en los Almacenes de Terriza o donde se pueda, para las fuerzas que se destinen. La construcción en esta ciudad es rápida, y casi tanto tiempo se invertiría en

adaptar el Ingenio a las necesidades de los cuarteles, como en construirlos de nueva planta. Sean en el Ingenio o sean en otros solares, es preciso gestionar que Guerra consigne en su presupuesto cantidades suficientes para poder construir los cuarteles en un par de años.

Como el general Sotomayor, opino que en Almería debía constituirse una División en pie de guerra, con todos los elementos auxiliares, como reserva estratégica de la zona de Melilla, y que en ella debían establecerse parques de armamento y municiones y depósitos de provisiones para el Ejército de Marruecos; mas creo difícil que se consiga todo de una vez. Habrá que ir por etapas, con una acción firme y perseverante.

NECESIDAD DE
QUE LAS RE-
SERVAS DE ME-
LILLA ESTÉN
PERFECTAMEN-
TE INSTRUIDAS

Estas fuerzas que constituyen la reserva de Melilla, deberán depender directamente del Comandante general de aquella plaza para cuanto se refiera a su instrucción.

Si siempre es esencial que una tropa esté bien instruída, no necesito encarecer la necesidad tratándose de ésta, que en todo momento ha de estar dispuesta a embarcar y entrar en combate. Almería tiene la fortuna de contar con un campo de tiro, instrucción y maniobras, que, como veremos ahora, reúne todas las condiciones exigibles. Estos campos no abundan, por desdicha, en nuestra Patria y tenemos guarniciones que, por carecer de él, no pueden instruirse en el grado debido, por muy buena voluntad que el Oficial ponga en suplir esta falta.

La primera mención del campo de Viator como adecuado para la instrucción de tropas, ya he dicho que partió del general Sotomayor. Posteriormente, algunos años después, en 1918,

Guerra ordenó que una Comisión de Jefes y Oficiales de todas las Armas y Cuerpos viniese a reconocerlo e informase sobre él. Presidió esta Comisión el entonces Teniente Coronel de Infantería don Eulogio Foch y la componíamos como vocales, el capitán de Artillería don Antonio Pérez Cano, el capitán de Caballería don Domingo Moreno de Carlos, el teniente médico don Ramón Jiménez Muñoz y el que os está dirigiendo la palabra, actuando de Secretario de la misma, el teniente de Infantería don Juan Tapioles. Esta Comisión se reunió en Almería en Abril de aquel año y después de repetidas visitas al campo y de un estudio minucioso, dió un informe altamente favorable de sus condiciones.

Los terrenos que forman el campo están enclavados en los términos municipales de Almería y Viator. Parte de ellos son terrenos comunales de Viator, que el Ayuntamiento de este pueblo tiene ofrecidos a Guerra, y otra parte está constituida por terrenos de propiedad particular que habría que comprar o expropiar. La parte utilizable, y necesaria toda ella para constituir un buen campo de instrucción, viene a tener una dimensión máxima en dirección E. O. de siete mil doscientos metros, y en la N. S. una longitud media de seis mil quinientos metros. Su distancia a la Capital es de ocho a diez kilómetros; así es que construyendo los cuarteles a dos kilómetros de la ciudad, y en dirección al campo, la marcha que habría que efectuar para situarse en él sería de unos seis kilómetros, marcha corta que haría que el soldado llegara sin fatigarse y en condiciones de movilidad para la instrucción.

EL CAMPO DE
INSTRUCCIÓN
DE VIATOR:DES-
CRIPCIÓN Y
APLICACIONES
MILITARES

Para la más completa descripción de este campo lo supondremos dividido en tres zonas separadas idealmente por meridianos terrestres. La primera de estas zonas, la zona Poniente, tiene una anchura aproximada de dos kilómetros en dirección E. O. y está limitada al E. por el meridiano que pasa por el Cerro Gordo. El terreno de esta zona está constituido por ligeras ondulaciones, separadas por pequeños barrancos o arroyos, que sólo conducen agua en épocas de grandes lluvias. El terreno en conjunto ofrece una suave y gradual pendiente ascendente en dirección S. N. Esta zona está formada por los terrenos comunales ofrecidos por el Ayuntamiento de Viator, cuya única vegetación es un monte bajo muy pobre, y por algunas parcelas de tierras laborables, de secano, de propiedad particular y de escaso valor intrínseco, no encontrándose en la misma caseríos ni viviendas. El suelo de la parte no laborada es firme, pero bastante pedregoso y con afloramientos de lastra en algunas partes. En dirección S. N. reúne muy buenas condiciones para campo de tiro de Infantería; la línea de tiro es despejada y le sirven de espaldón natural las primeras estribaciones del macizo montañoso de Sierra Alhamilla, que se presentan en forma de una línea ininterrumpida de pequeños contrafuertes; esta línea de tiro es próximamente paralela al camino de Gindalba y tiene una longitud mayor de dos mil metros. La disposición del terreno es apropiada para toda clase de ejercicios de fuego real: rasantes, fijantes y horizontales. Además de esta línea de tiro, se puede aprovechar otra, en dirección aproximada O. E., de la misma longitud y que reúne análogas con-

diciones, a la cual sirve de espaldón natural el Cerro Gordo, que tiene parecida forma a los espaldones artificiales. La constitución del terreno, suavemente ondulado, como ya queda dicho, se presta al planteamiento de variados problemas y supuestos tácticos y de diversos ejercicios sobre la más acertada colocación de sostenes y reservas, posiciones desenfiladas y emplazamientos de ametralladoras. Reune, por lo tanto, esta zona inmejorables condiciones no sólo para la instrucción de tiro, sino para la instrucción táctica de las tropas de Infantería. Aunque perfectamente practicable el terreno en la zona que estamos describiendo, para fuerzas montadas, la naturaleza pedregosa de su suelo, de que ya se ha hecho mención, hace que no sea el más apropiado para la maniobra de este género de fuerzas. Baterías colocadas en esta zona pueden emplear como línea de tiro una que va en dirección O. E. con una longitud de unos seis kilómetros, utilizable para cañones de campaña, montaña y obuses. Las diversas lomas y ondulaciones del terreno se prestan a la resolución de diversos ejercicios en la elección de posiciones para el emplazamiento de piezas. Por último, reune este terreno condiciones para la instrucción de las tropas de Ingenieros, prestándose a la resolución de gran número de problemas de fortificación de campaña y sobre la más adecuada colocación de minas terrestres y de galerías de minador. En él podría enseñarse al soldado a construir y fortificar posiciones, como las que se fortifican en Africa, con parapeto y alambrada.

La zona media o central del campo, tiene una anchura en dirección E. O. de unos tres kilóme-

tros y se extiende entre el meridiano que pasa por el Cerro Gordo y otro un poco más al E. de la barriada del Alquián. Esta zona está surcada en dirección N. S. por varias ramblas y barrancos, que nacen en Sierra Alhamilla y que van a desaguar al mar, permaneciendo secos la casi totalidad del año. Entre cada dos de estas corrientes de agua existen llanos, cuyos suelos afectan la forma de planos ligeramente inclinados hacia la Sierra. Su suelo es firme y bastante menos pedregoso que el de la zona anterior, por lo que se presta a la instrucción de tropas de Infantería en orden cerrado y a la maniobra de fuerzas montadas de Caballería y Artillería, a toda clase de aires y formaciones. También se prestan trozos de esta zona a ser habilitados para aeródromos. En ella se pueden utilizar varias líneas de tiro para Infantería y Artillería, que no detallo por no pecar sobradamente de prolijo, y una de las cuales tendría por espaldón la Loma del Pajar. La mayoría de los terrenos de esta zona son incultos y de propiedad particular.

Por último, la zona de Levante está formada por pequeñas ondulaciones al Sur y por accidentes de mayor relieve en la parte Norte, pres-tándose por tanto a la instrucción táctica de tropas de Infantería y Artillería de Montaña. Los terrenos en esta zona son de propiedad particular y de poco valor, por ser montuosos y de pobre vegetación. En ella se pueden utilizar también varias líneas para el tiro de Infantería y Artillería; una de ellas fué la empleada por el 12º Regimiento Montado de Artillería en sus escuelas prácticas del año 1917.

La proximidad de este campo al mar, hace

que puedan ejecutarse, combinadamente con la Escuadra, ejercicios de embarque de tropas y de desembarcos, con la subsiguiente ocupación de posiciones

Además de la instrucción, casi cotidiana, que las tropas deben tener en el campo, pernoctando en sus Cuarteles, éstas deberán en ciertas épocas del año, trasladarse al campo y permanecer en él una temporada, recibiendo una instrucción más intensiva. Para ello podrán construirse en el campo barracones de piedra y barro o de piedra y mezcla, más económicos en nuestro país que los de madera, donde las fuerzas se alberguen estas temporadas o bien acampar en tiendas de campaña. Así, mientras recibiesen esta instrucción intensiva, harían vida de campaña, como la que se hace en la zona de Melilla, y hasta no dejarían de habituarse a las «delicias» de nuestros vendabales, de parecida intensidad a los de aquella zona. En el extranjero, donde no se concibe una guarnición sin campo de instrucción próximo, así se hace y las fuerzas pasan meses enteros en estos campos dedicadas a la instrucción peculiar de cada Cuerpo y a maniobras de conjunto con unidades de las otras Armas.

Adquiriendo el Estado la totalidad del terreno que propongo, lo que no sería excesivamente costoso por ser estas tierras casi improductivas, se formaría el campo de instrucción más extenso y de mejores condiciones, que yo sepa, de cuantos existen en España. ¡Oídló bien: el primero de los existentes en nuestra nación! Mas, por lo pronto, con los terrenos comunales que tiene ofrecidos el Ayuntamiento de Viator, habría suficiente para la instrucción

LAS FUERZAS
DEBEN PERMA-
NECER TEMPO-
RADAS EN EL
CAMPO DE VIA-
TOR

de las primeras fuerzas que aquí se destinasen.

No he de hablar de la dotación de agua de este campo, puesto que ya dos ilustrados técnicos han dado un reciente dictamen al Ayuntamiento sobre este extremo, pero sí diré, que el general Sotomayor y la comisión militar, a que antes me he referido, tuvieron ya en cuenta esta necesidad y visitaron o tomaron referencias del cauce de la Buena Unión, de la fuente de Gindalba y de otros manantiales, algibes y pozos.

En resumen, este campo por su constitución y vegetación, análogas a las de la zona de Melilla, se presta admirablemente a la instrucción de todo género de tropas en condiciones semejantes a las que habrían de encontrar en Marruecos, si allí tuviesen que ser transportadas.

Es, por tanto, natural que a S. M. el Rey, sumamente inteligente y conocedor de estas cuestiones, le impresionase favorablemente el campo de Viator, en su reciente visita.

Dispensadme que haya abusado de vuestra atención, describiendo prolijamente el campo de instrucción y sus aplicaciones militares, pero es que creo este punto esencialísimo, de importancia capital y no me cansaré de insistir en ello, hasta el punto de que si no existiera este campo, a pesar de su mayor proximidad a Melilla, Almería no podría ser el asiento de las reservas de aquella plaza, pues si éstas tropas al desembarcar en Africa no estuviesen convenientemente instruidas, su eficacia sería nula y tanto valdría no tenerlas. Las fuerzas que vengan a Almería no deben venir a hacer vida de guarnición, sinó a recibir una instrucción intensa y constante, que las prepare y haga aptas para el combate en el Rif.

Almería tiene un brillante porvenir militar, y como la razón siempre acaba por abrirse camino, este porvenir llegará a ser una realidad si laboramos con ahinco y sin desmayos.

Resumo esta parte de mi conferencia en las CONCLUSIONES tres conclusiones siguientes:

Primera. España tiene necesariamente que permanecer en Marruecos.

Segunda. La clave de nuestra cuestión marroquí está en Beni-Urriaguel.

Tercera. El núcleo más importante de reservas estratégicas tiene que ser, por lo tanto, el de la zona Oriental y debe estar situado en su mayor parte en Almería, por ser la población del litoral más cercana a Melilla, por contar con un magnífico puerto donde fácil y rápidamente pueden hacerse todas las operaciones de embarque de tropas, y por poseer un soberbio campo de instrucción, lo que permitirá que estas reservas se instruyan en condiciones parecidas a las que encontrarán en el campo rifeño, si allí tienen que ir a combatir.

Y ahora, para terminar, voy a dedicar bre- PORVENIR CO-
MERCIAL DE
ALMERIA ves palabras al porvenir comercial de Almería, ya que he tratado del militar.

Llegará un día, y ¡Dios haga que sea pronto!, en que España ocupará toda su zona. Este día no hay que olvidar que no basta la ocupación efectiva, que para imponer los principios civilizadores al país ocupado, tendremos que mostrarnos con autoridad suficiente y que ésta no se logra sino con justicia y austeridad. Pues bien, lograda la pacificación, España tendrá que construir líneas de ferrocarriles en su zona, para desarrollar la riqueza. «La Argelia ha llegado al grado de prosperidad que hoy tiene—dice

Reclus—más que por los ejércitos, por la apertura de vías de comunicación».

FERROCARRI-
LES MARRO-
QUÍES QUE IN-
TERESAN A AL-
MERÍA

En Melilla hay ya construído un trozo de ferrocarril, el cual, en el porvenir, habrá de bifurcarse en Zeluán probablemente. Una de las bifurcaciones se dirigirá hacia Uxda, a enlazar con la red de vías férreas argelinas. La otra seguirá el trazado que hoy tiene prolongado y por Batel y Tafersit se dirigirá hacia la zona occidental, Xexauen y Tetuán, y está indicada otra línea, que entroncando con la anterior, se dirija por el Marruecos francés a Tazza y Fez.

Al ferrocarril proyectado de Tánger a Fez, cuyo primer trozo de Tánger a Alcazarquivir habrá de ser exclusivamente español, se unirá el ya construído de Ceuta a Tetuán prolongado, unión que deberá efectuarse próximamente hacia el centro del trayecto de Tánger a Alcázar, a la altura de Arcila.

Este ferrocarril de Tánger a Fez es el que los franceses piensan continuar hasta Dákar, junto a Cabo Verde, cuyo trazado atravesaría Marruecos, Rio de Oro, Sahara y el Senegal. Parte de este trazado está construído ya. Está previsto el enlace de esta línea con la red de ferrocarriles existente en la unión sudafricana, al través del Congo. Esto permitiría poder recorrer todo el Continente africano de Norte a Sur en ferrocarril, y si alguna vez se construyen los túneles submarinos del Canal de la Mancha y del Estrecho de Gibraltar y el ferrocarril directo París-Algeciras, se podrá ir desde Londres hasta el Cabo siempre por vía férrea, siendo de unos doce días la duración de este viaje.

Construído este ferrocarril Tánger-Fez-Dákar, para ir a América no habría que efectuar

más que la travesía relativamente corta entre Dákar y Pernambuco.

El itinerario a seguir para ir desde Melilla a la Argentina, sería el ferrocarril Melilla-Nador-Zeluán-Batel-Tafersit-Tazza-Fez; en Fez se tomaría la línea Tánger-Fez-Dákar hasta Dákar; en Dákar se embarcaría hasta Pernambuco y de Pernambuco a Buenos Aires en ferrocarril.

Se comprende la magna importancia de estas líneas.

Del ferrocarril ibero-afro-americano se ocupó ya el segundo Congreso africanista, celebrado en Zaragoza en Octubre de 1908.

Mas concretándonos modestamente ahora sólo al ferrocarril de Melilla a Uxda y al de Melilla a Tafersit, el día en que el tren corra por estas líneas, por el puerto de Almería debe atravesar una corriente de viajeros y de mercancías que desde el interior de España y desde Francia se dirija a la Argelia occidental y al Marruecos oriental y viceversa. Almería está situada sobre el cauce natural de esta corriente, si otros intereses no logran desviarla. Y no es preciso ponderar la vida que merced a ella adquiriría nuestro comercio.

Almería está llamada a tener una fuerte guarnición militar y una gran importancia comercial.

Quizá se me dirá que sueño; mas yo prefiero soñar a contemplar la triste realidad presente.

Yo no quiero para el puerto de mi ciudad natal esa exacta visión de puerto inactivo, que dió un malogrado poeta en los siguientes versos, dedicados al Puerto de Gran Canaria sobre el «sonoro Atlántico»:

EL PUERTO DE
ALMERÍA DEBE
TENER UN TRÁ-
FICO INCESAN-
TE

*Silencio de los muelles en la paz bochornosa,
lento compás de remos, en el confín perdido,
y el leve chapoteo del agua verdinosa
lamiendo los sillares del malecón dormido...*

Yo quisiera para este puerto un constante movimiento febril, un gran tráfico ininterrumpido; que su rada permaneciese en todo tiempo llena de vapores, como lo está en la época de la campaña uvera; yo quisiera para el puerto de Almería esa otra visión de puerto activo que se encuentra en la siguiente inspirada composición del mismo vate:

*Y volvieron, al cabo, las febricientes horas;
el Sol vertió su lumbre sobre la pleamar,
y resonó el aullido de las locomotoras
y el adiós de los buques, dispuestos a zarpar...*

*Jadean, chirriantes, en el tragín creciente,
las poderosas grúas; y a remolque, tardías,
las disformes barcazas, andan pesadamente
con los hinchados vientres llenos de mercancías...*

*Nos saluda, a lo lejos, el blancor de una vela,
las hélices revuelven su luminosa estela;
y entre el Sol de la tarde y el humo del carbón,
la blanca arboladura de un bergantín latino,
se aleja, lentamente, por el confín marino,
como un girón de bruma sobre el azul plafón...*

LA ALMERÍA
ÁRABE

Trabajemos porque Almería vuelva a su antiguo esplendor.

Oid algunos de los datos que acerca de la Almería árabe consigna el célebre geógrafo Abu-Abd-alla-Mohamed-Al-Edrisi, biznieto del Rey moro de Málaga Edris II, a quien se le ha llamado el Estrabón árabe por el notable tratado de geografía universal que por encargo del gran

Rugiero de Sicilia escribió, con la experiencia de sus muchos viajes. Esta Geografía fué concluida en el año 1154.

Coincidiendo con los antiguos geógrafos, El Edrisi representa a nuestra Península, llamada del Andalus, en forma triangular. La España árabe la dividía en veinte y cuatro provincias; una de ellas era la de Pechina (Almería). Después de Córdoba, las ciudades más poderosas eran las de Zaragoza y Almería. Almería fué la principal ciudad de los musulmanes en tiempo de los almorabides, contando con ochocientos telares donde se trabajaba la seda, industria entonces sumamente floreciente. Puede juzgarse de su importancia recogiendo el dato de ser novecientas setenta las posadas que pagaban el impuesto del vino a la administración. Existía también la industria de utensilios de cobre y hierro. Almería tenía más de cien mil habitantes y un triple cordón murado circundaba su recinto. Los almerienses eran gente rica, que pagaban al contado con mayor facilidad que en ninguna otra ciudad. Sólo de su suelo se muestra descontento el Edrisi, quien dice que su terreno era malo, pues parecía como si lo hubiesen pasado por una criba y no hubieran conservado más que las piedras.

*Cuando Almería era Almería,
Granada era su alquería.*

Laboremos porque Almería renazca y vuelva a adquirir la importancia que tenía en la España árabe. No hace falta decir que el dato de las novecientas posadas o tabernas no lo creo indispensable para su grandeza.

Pero os diré, «ahora que nadie nos oye», que

ALMERÍA DEBE
RENACER POR
EL TRABAJO DE
SUS HIJOS

los almerienses tenemos un grave defecto, un defecto garrafal, somos indolentes, somos apáticos, y esta indolencia y apatía redundan en perjuicio de nuestra madre Almería. Procuremos desterrarla y Almería será grande.

Almería tiene la hermosura de su cielo, la benignidad de su clima, el esplendor refulgente de sus crepúsculos, la fertilidad de su suelo, la riqueza de sus minas, la majestad de ese mar latino que lame sus pies; cuenta con hombres inteligentes, con mujeres encantadoras, con flores fragantes, con frutos sabrosos. Almería posee cuanto es preciso para ser rica y grande. Sólo le falta que sus hijos nos propongamos de veras que lo sea. Pues ¡vamos a proponérselo!

HE TERMINADO





